

## LA MUERTE DE JESUCRISTO EN LA CRISTOLOGIA DE LEONARDO BOFF

ARMANDO BANDERA

La muerte de Cristo es uno de los temas capitales del Nuevo Testamento. Los cristianos de todos los tiempos han considerado este acontecimiento, humanamente trágico y desconcertante, como una parte central del insondable e infinitamente misericordioso designio por el cual el Padre ha querido reconciliar consigo a la humanidad pecadora para convertir a quienes eran enemigos suyos en hijos adoptivos, los cuales han de conseguir la filiación divina gracias al don del Espíritu Santo que les será comunicado como fruto supremo de aquella obra de reconciliación y a la vez como maestro y guía que los conduzca hasta la «plena comprensión» del contenido de la misma.

El común sentir del pueblo cristiano en relación con la muerte de Cristo, tal como nos es conocida por el Nuevo Testamento, está expresado muy bien en el resumen siguiente: «Cristo para liberarnos de la muerte quiso primero hacer suya nuestra condición mortal. Su muerte no fue un accidente. La anunció a sus discípulos para precaver su escándalo (Mc 8,31; 9,31; 10,34; Jn 12,33; 18,32); la deseó como el bautismo que lo sumergiría en las aguas infernales (Lc 12,50; Mc 10,38; cfr. Sal 18,5). Si tembló ante ella (Jn 12,27; 13,21; Mc 14,33), como había temblado ante el sepulcro de Lázaro (Jn 11,33.38), si suplicó al Padre que podía preservarlo de la muerte (Heb 5,7; Lc 22,42; Jn 12,27), no obstante aceptó finalmente este cáliz de amargura (Mc 10,38; 14,30; Jn 18,11). Para hacer la voluntad del Padre (Mc 14,36) fue obediente hasta la muerte (Flp 2,8). Es que debía cumplir las Escrituras (Mt 26,54). ¿No era El

mismo el Siervo anunciado por Isaías, el justo puesto en el rango de los malvados (Lc 22,37; cfr. Is 53,12)?»<sup>1</sup>.

Creo que el resumen transcrito recoge muy bien las ideas fundamentales. Cristo desde el principio acepta voluntariamente la muerte para cumplir la voluntad o designio del Padre que había empezado a revelarse en «las Escrituras», es decir, en el Antiguo Testamento, particularmente a través de la figura del Siervo paciente, de quien habla Isaías. Sólo falta añadir lo relativo al fruto de esa muerte: tema que el escrito citado desarrolla a continuación. El punto verdaderamente central está en reconocer que la muerte de Cristo no fue un accidente o una simple tragedia humana, sino *el cumplimiento de un designio salvífico*, al que Cristo se consagró desde el principio de su vida con plena libertad y clara conciencia del término hacia donde caminaba.

Pero éste es precisamente el tema que ahora entra en controversia. Cristo, que vino al mundo con el fin preciso de ejecutar el plan salvífico querido por el Padre desde la eternidad, ¿vivió en la ignorancia sobre el modo como había de cumplirlo? ¿No supo que había de morir hasta que de hecho el procurador romano lo condenó al suplicio de la cruz, más aún hasta que se vio clavado en ella misma, esperando para librarse de ella una intervención del Padre *in extremis* que no llegó a producirse? He aquí el problema.

Se trata de un problema que la historia de la teología no se había planteado nunca, pero que se presenta con acusado relieve en el pensamiento de algunos teólogos contemporáneos. Voy a fijarme concretamente en Leonardo Boff. Pero convendrá tener en cuenta que las llamadas *Teología política*, *Teología de la revolución*, *Teología de la liberación* y otras similares profesan sobre este punto ideas muy parecidas<sup>2</sup>, aunque, a mi juicio, menos pensadas y documentadas que las de Leonardo Boff, el cual, por otra parte, en lo relativo a la muerte de Jesús —que es el tema de que ahora se trata— tampoco ofrece un estudio bíblico que pueda ser presentado como modelo; en su lugar se hablará de la manifiesta insuficiencia que revela.

Leonardo Boff es mucho más teólogo que quienes militan en las mencionadas «teologías». Su conocimiento y uso de la Sagrada Escri-

1. *Muerte*, en X. LEÓN-DUFOUR, *Vocabulario de teología bíblica* (Barcelona 1965), 497b.

2. Cfr. A. BANDERA, *La Iglesia ante el proceso de liberación* (Madrid 1975), 69-73, 136-139; R. VEKEMANS *Teología de la liberación y cristianos por el socialismo* (Bogotá 1976) 100-112, 132-183: en las últimas páginas el autor analiza particularmente «la debilidad de la argumentación bíblica» usada por estas teologías.

tura tienen un frescor y una profundidad que no aparecen ni remotamente en los escritos de esos otros teólogos, a pesar que sea posible señalar claras analogías y profundas simpatías de «mentalidad» entre estos últimos y Boff. Para expresar nítidamente la distinción que existe entre ellos, se debería decir que Boff es un teólogo, mientras que los otros se encierran dentro de una fácil y superficial sociología, «barnizada» externamente con el uso de un vocabulario teológico y presentada con la extraña pretensión de ser la única teología en que se deja oír la interpelación dirigida por la palabra de Dios al hombre de hoy.

Cuando Boff enuncia su intención, la hace consistir en elaborar una teología, y particularmente una cristología, que hable vital y existencialmente al hombre latinoamericano. Pero después, y de modo extraño, sigue un camino por el que se ve transitar casi únicamente a teólogos europeos, de los cuales tres cuartas partes, o cerca, son alemanes<sup>3</sup>. Y entre estos últimos son numerosos y frecuentemente

---

3. El mismo Leonardo Boff es consciente del problema que esto le crea y trata de dar una explicación, la cual, sin embargo, no parece llegar al esclarecimiento intentado. «Con nuestros ojos —dice— vemos la figura de Cristo y releemos los textos sagrados que hablan de El y a partir de El. De ahí que una cristología pensada y ensayada vitalmente en América Latina debe irremediablemente adoptar características propias. El lector atento las encontrará a lo largo de este libro. La literatura, preferentemente extranjera, que citaremos, no nos debe engañar. Con nuestras preocupaciones que son sólo nuestras y de nuestro contexto sudamericano, vamos a releer no sólo los viejos textos del Nuevo Testamento, sino también los más recientes comentarios escritos en Europa. Los datos serán situados dentro de otras coordenadas y serán proyectadas dentro de un horizonte propio. Nuestro cielo posee otras estrellas formando otras figuras del zodiaco, con las cuales nos orientamos en la aventura de la fe y de la vida» (L. BOFF, *Jesucristo, el liberador. Ensayo de cristología crítica para nuestro tiempo* [Bogotá 1977] 62-63). Boff se propone, pues, expresar «las características propias» de una cristología elaborada en América Latina y buscar en Cristo respuesta a «nuestras preocupaciones que son sólo nuestras», es decir, de los hombres que viven, trabajan y luchan en América Latina. Esta declaración de principio va seguida de una especificación muy precisa, tanto de las «características» como de las «preocupaciones». ¿Qué es lo que caracteriza la cristología latinoamericana y la distingue de todas las otras? Boff responde que la cristología elaborada «bajo nuestro cielo» presenta cinco notas configurantes y distintivas, a saber: primacía del elemento antropológico sobre el eclesiológico, de lo utópico sobre lo factual, de lo crítico sobre lo dogmático, de lo social sobre lo personal, de la ortopraxis sobre la ortodoxia (cfr. p. 63-65). Pero, ¿es verdad que la cristología que se escribe hoy presenta esas características sólo en América Latina? ¿No hay por todas partes teólogos que presumen de escribir cristología crítica practicando un método que asume las características o cualidades especificadas por Boff? Hay muchos escritos europeos que Boff, cita y sigue dócilmente en los cuales abunda la crítica, la misma que él «bautiza» como latinoamericana. ¿Y cuáles son las preocupaciones, las angustiosas preguntas para las cuales el hombre latinoamericano busca respuesta en la cristología? Boff enumera una larga serie. «He aquí —dice— algunas fundamentales que estigmatizan nuestra existencia desde que tenemos conocimiento de ella en el pasado y en el presente. ¿Por qué el hombre no consigue ser feliz? ¿Por qué no puede amar? ¿Por qué se encuentra dividido en sí mismo, atormentado por preguntas postreras? Todos los animales tienen su *habitat* en el mundo, y el

citados autores protestantes que aplican de manera bastante radical los métodos de historia de las formas y otros análogos, los cuales más de una vez son utilizados no precisamente en servicio del texto bíblico, sino para imponer la «pre-comprensión» filosófica en que se basan aunque para ello sea necesario violentar el sentido evidente del texto. Boff mismo reconoce que «nuestro estudio, a lo largo de todo el libro, tiene presente el método de las formas. *A veces hemos tomado decisiones de orden teológico* basadas en una reflexión crítica inspirada en ese método. Otras veces hemos interpretado un texto como no jesuánico (especialmente en lo que se refiere a los títulos de Jesús), aunque la tradición común y sin preocupaciones críticas lo hubiese siempre interpretado como viniendo directamente de Jesús»<sup>4</sup>.

Pero Boff no sólo niega que Jesús se haya dado uno solo de los títulos que le son atribuidos en el Nuevo Testamento, sino que, además, presupone que no tenía conciencia de que se refiriesen a El títulos usados ya en el Antiguo para anunciar al Mesías. Sobre el título de *Siervo*, tan relevante en Isaías, un Siervo que debe padecer y *morir por los pecados del pueblo*, Jesús no tenía la menor idea y nunca se pensó a Sí mismo como tal Siervo, ni organizó su vida con vistas al cumplimiento de la antigua profecía.

### *La conciencia de Jesús*

Boff concede muy pocas posibilidades para hacer algo que se parezca a una reconstrucción de la conciencia de Jesús<sup>5</sup>. Los evangelios —dice— nacen «dentro de una mentalidad profundamente distinta de la nuestra, precientífica, *mítica* y *acrítica*» (p. 53). Y en cuan-

---

hombre está todavía en búsqueda de su verdadero lugar. ¿Por qué existe la separación, el dolor y la muerte? ¿Por qué no se consigue una relación fraterna entre los hombres, y en lugar de ella hay legalismo y esclavitud? (...). ¿Quién traerá la paz? ¿La salvación? ¿La reconciliación con todos?» (p. 70). ¿Qué decir ante esta exposición? ¿Se trata de preocupaciones y de interrogantes específicamente latino-americanos? ¿O son, tal vez, universalmente humanos? Los textos de Boff están ahí. Cada cual puede juzgar por sí mismo.

4. L. BOFF, *Jesucristo, el liberador*, p. 55. Subrayado mío. En adelante las citas de esta obra serán incluidas en el texto, indicando la página.

5. Sobre el tema de la conciencia de Cristo, tal como puede ser conocida a través del Nuevo Testamento, cfr. K. ADAM, *El Cristo de nuestra fe* (Barcelona 1958), 117-256; J. GALOT, *La conscience du Christ* (Gembloux-Paris 1971). Una especial vía de penetración en la conciencia de Jesús está dada por los títulos que se le atribuyen en el Nuevo Testamento. Sobre ello véase L. SABOURIN, *Los nombres y títulos de Cristo* (Salamanca 1965).

to a su contenido, dice que los evangelios hablan «poco del Jesús histórico, tal como fue y vivió, pero mucho sobre la reacción de fe de los primeros cristianos, que reflejan las palabras de Cristo confrontándolas con las situaciones vitales de su medio ambiente» (p. 54). «Los evangelios no son solamente libros sobre Jesús, sino mucho más libros que desarrollan las tradiciones y desarrollo dogmático de la Iglesia primitiva» (p. 55). «La tradición de la comunidad primitiva conservó de Jesús solamente lo que representaba alguna función para la fe y la vida de la respectiva comunidad (...). Jesús y su historia y su mensaje se amalgamaron radicalmente con la historia de la fe y de los hombres» (p. 57).

Para resumirlo todo en una breve sentencia, «podemos decir que los evangelios actuales representan la cristalización de la dogmática de la Iglesia primitiva» (p. 54). Son, pues, algo así como una elaboración teológica organizada en torno a la persona de alguien que se llamó Jesús de Nazaret. Semejante planteamiento parece exigir la renuncia total a cualquier intento de penetrar en la intimidad de Jesús. Pero Boff, a pesar de todo, no se rinde a lo que parece ser evidente y de hecho se esfuerza por desvelar el misterio que envuelve la persona de Cristo, mejor dicho, la conciencia que El se formaba de Sí mismo y conforme a la cual orientaba el cumplimiento de su misión. Más allá de la comunidad primitiva, la cual nos habló no tanto de Jesús cuanto de su propia fe en El, ¿qué pensaba Jesús de Sí mismo y cómo entendía su misión en el mundo?

Jesús se piensa siempre en función del Padre, como un enviado suyo, que está en el mundo para instaurar el reino, reino del Padre. Ello implica que tiene conciencia de filiación. Sin embargo nunca se dio el título de Hijo de Dios. «Nosotros creemos —dice Boff refiriéndose a Jesús— que su experiencia profunda del Padre y de su correspondiente filiación constituían el fundamento de la conciencia de Jesús de ser el enviado y el instaurador del reino de Dios. Para expresar esta experiencia religiosa, Jesús no usó el título de Hijo de Dios (...). La intimidad con el Padre le autorizaba para hablar y actuar en lugar de Dios» (p. 159). Jesús, pues, sin llamarse Hijo, tiene conciencia de serlo y de haber sido enviado por su Padre para instaurar el reino y, por tanto, para realizar todas las obras en que se manifiesta la llegada de este reino y su presencia entre los hombres. Sobre el contenido de la conciencia de filiación que Jesús posee, Boff no se expresa con claridad. Pero, por el momento, se puede prescindir de este tema, reteniendo el dato, o sea, que Jesús se sabe y se siente Hijo de Dios.

La misión de Jesús se cifra toda ella en el anuncio e instauración del reino, hasta el punto que su conciencia está totalmente dominada por la idea de este reino. Boff hace notar que de las 122 veces que los evangelios usan la expresión *reino de los cielos* 90 deben ser atribuidas a Jesús mismo (p. 71). No sé si semejante aserto es coherente con la idea de unos evangelios en que se habla no tanto sobre Jesús cuanto sobre la fe propia de la comunidad primitiva y que, por lo mismo, deben ser considerados como «cristalización» de la «dogmática» profesada por aquella comunidad a partir del año 70, poco más o menos. Pero, coherente o no, el aserto está en Boff y sirve para poner de relieve que el reino tiene una indiscutible primacía en la vida y en el ministerio de Jesús.

### *La inminencia del reino*

«Jesús se movió dentro del horizonte escatológico (...) de la teología de aquel tiempo que conocemos por el descubrimiento reciente de los textos apocalípticos»<sup>6</sup>. Jesús se siente el heraldo y el instaurador de un reino que va a irrumpir de inmediato en la humanidad. «La instauración del nuevo orden es inminente. 'No pasará esta generación hasta que todo esto suceda'. Cierta vez es aún más concreto y afirma: 'Yo os aseguro que entre los aquí presentes hay algunos que no gustarán la muerte hasta que vean venir con poder el reino de Dios' (...). Cristo es consciente de que con El se inició el fin de este viejo mundo» (p. 75). «Originalmente el sermón de la montaña tenía un carácter escatológico: Cristo predica el fin inminente. Para eso exige una conversión total en el sentido del amor. En la redacción actual de San Mateo, las palabras de Jesús están situadas en un contexto de Iglesia para quien el fin del mundo está en un futuro indeterminado» (p. 88). Jesús «predica la conversión individual y social, porque el fin último es inminente» (p. 91). «Cristo poseía, por lo menos al final de su vida, una conciencia nítida de su misión liberadora de todos los elementos alienantes en el hombre y en el mundo, de que con El el plazo para la irrupción del reino de Dios se había terminado y que, con su presencia y actuación, ese nuevo orden de todas las cosas ya comenzaba a fermentar y a manifestarse» (p. 121).

6. L. BOFF, *La conciencia de Jesús. Declaraciones a la revista «Vida Nueva» del 9-II-1980*, p. 24.

Jesús respira la atmósfera apocalíptica de su tiempo, «pero se distingue profundamente de ella» (p. 75). Su predicación se distancia «de las expectativas mesiánicas de su tiempo. Cristo jamás alimenta el nacionalismo judío; no dice una palabra de rebelión contra los romanos, ni hace alusión alguna a la restauración del rey davídico, aunque el pueblo lo salude así en ocasión de su entrada en Jerusalén» (p. 77).

Sin embargo, respetando en todo la naturaleza estrictamente salvífica de su mensaje, Jesús vivía en el seno de una sociedad acuciada por las expectativas apocalípticas y participaba en ellas. «El mesianismo y las categorías de expresión de la apocalíptica fueron medios adecuados para que Jesús comunicara su mensaje liberador (...). Sólo en ese lenguaje Cristo podía hacerse entender de sus oyentes, que 'estaban en ansiosa espera'. El participó de los deseos fundamentales del corazón humano, de liberación y de una nueva creación. Esa esperanza, expresada en el bizarro lenguaje apocalíptico, fue el vehículo de mayor revelación de Dios en el mundo» (p. 77).

Con todo, Boff piensa que Jesús sufrió realmente la tentación del mesianismo político. Este mesianismo —dice— «a juzgar por las tentaciones de Jesús narradas en los sinópticos, constituyó para Cristo una real tentación. Ya hace tiempo que los exégetas vienen interpretando la tentación como una experiencia espiritual de Jesús puesta en forma parabólica (mashal) para la instrucción de los Apóstoles. Cristo superó las tentaciones del mesianismo político que en su tiempo se manifestaba bajo tres corrientes» (p. 78), las cuales —añade— corresponden exactamente a cada una de las tentaciones relatadas por los evangelistas.

La conciencia escatológica de Jesús, su persuasión de que la irrupción definitiva del reino era inminente, se manifiesta con toda claridad en la última cena. Efectivamente, Jesús dice que no celebrará ya más la cena pascual «hasta que halle su cumplimiento en el reino de Dios. Y tomando el cáliz dio gracias y dijo: Tomadlo y distribuidlo entre vosotros; porque os digo que desde ahora no beberé del fruto de la vid hasta que llegue el reino de Dios» (Lc 22,16-18). «Según este texto lucano —dice Boff— la última cena tiene carácter escatológico. Sería la anticipación de la fiesta del reino de Dios que Cristo quiso celebrar con sus amigos más íntimos, antes que irrumpiese el nuevo orden» (p. 127). «En mi libro —dice también— analizo el texto de Lucas 22 donde Jesús dice que no volverá a comer otra pascua hasta que venga el reino de Dios y no tomará otra copa hasta que venga (...). La impresión que deja la lectura de este texto

es que para El el reino estaba ya para irrumpir. El gran símbolo del reino es la cena escatológica»<sup>7</sup>.

Si se admite que Jesús vivía en esta conciencia y que su disposición de ánimo era efectivamente la descrita por Boff en los pasajes citados, es cosa manifiesta que Jesús no preveía su muerte y que, por lo mismo, no se inmoló como víctima voluntaria de un sacrificio. En el supuesto de Boff no es Jesús quien se encamina hacia la muerte para vencerla y para acoger a todos los hombres en su victoria; más bien hay que decir que la muerte se abate sobre El y lo arrebató precisamente cuando El estaba pensando en la irrupción inminente y definitiva del reino escatológico.

Pero esto dicho así, tan claro, puede resultar estridente. Por eso Boff trata de amortiguar el impacto producido por su teoría, aunque sin renunciar a su idea clave, es decir, a la «tesis» de que Jesús no preveía su muerte. Es una «tesis» que tiene ramificaciones en otra serie de temas centrales del misterio cristiano; pero «tesis», al fin, en la que Boff se ratifica intencionadamente.

### *Jesús frente a la contradicción*

La fe y la esperanza de Jesús —dice Boff— «fueron especialmente tentadas cuando percibió, más y más, la oposición acerba que su mensaje y persona despertaban en las diversas clases sociales de entonces. En un momento dado, en la así llamada crisis de Galilea, Jesús se dio cuenta de que la muerte violenta estaba dentro de las posibilidades reales de su vida. Lc 9,51 dice que 'se afirmó en su voluntad', esto es, tomó resueltamente la decisión de ir a Jerusalén (...) para anunciar y esperar el reino de Dios. No se detiene. Cree en su misión liberadora y espera contra toda esperanza» (p. 126). Lo cual, en el lenguaje de Boff, quiere decir que Jesús está firmemente persuadido de que, a última hora, Dios intervendrá con irresistible poder para la implantación definitiva de su reino. Veamos cómo Boff expone sus ideas, avanzando y retrocediendo, para llegar finalmente a lo que le interesa.

«Cristo —dice Boff— tenía la conciencia de ser el instrumento

7. L. BOFF, lugar citado en la nota anterior. El libro a que se remite es *Jesucristo, el liberador*, que constituye la base de mi exposición. Pero en él no hay nada que se parezca a «un análisis especial» del texto lucano. Mencionar a Lucas y transcribir unos versículos de su evangelio es cosa bien distinta de «analizarlos especialmente».

determinante para la venida del reino de Dios. Los evangelios todos muestran en qué intimidad vivía con Dios; en todo hacía su voluntad que se manifestaba en lo concreto de su vida de predicador y taumaturgo, en la relación con el pueblo, en las disputas con las autoridades religiosas de entonces. Jesús vivía en la fe (...), descubriendo rápidamente y con nitidez cada vez mayor la voluntad de Dios. Podía ser inclusive tentado y no saber qué futuro le estaba reservado. En el ambiente apocalíptico de la época, dentro del cual Cristo mismo se sitúa, se afirmaba que el reino iba a surgir después de una reñida lucha entre las fuerzas del mal y las del bien. En el final de su vida pública, cuando se siente cada vez más sólo y perseguido, sus palabras se tornan sombrías: se da cuenta de que es por el sufrimiento como se entrará en el reino. Lucas nos conserva una palabra suya, que ciertamente es auténtica: 'Con un bautismo tengo que ser bautizado, ¡y qué angustiado estoy hasta que se cumpla!'. Si este bautismo significa luego la muerte violenta o cualquier otra gran aflicción, ciertamente, para Cristo mismo no es muy claro. Pero permanece siempre fiel y jamás tergiversa nada. Se sabe continuamente en manos del Padre. Confía y espera que El, en medio de las mayores dificultades por las cuales pueda pasar, va a intervenir para salvarlo» (p. 127-128), es decir, *para librarlo de la muerte*.

«Jesús —continúa diciendo Boff— preveía la posibilidad de la muerte, pero no tenía la certeza absoluta de ella. El clamor postrero en lo alto de la cruz: 'Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?', presupone la fe y la esperanza inquebrantable de que Dios no lo dejaría morir, sino que en el último instante iba a salvarlo. Ahora, sin embargo, en la cruz sabe con toda certeza: Dios quiere que El sea fiel hasta el fin con la muerte (...). Cristo acepta la muerte injusta inflijida por el odio de los hombres como la última voluntad del Padre» (p. 128-129).

«La gran tentación de Jesús —dice también Boff— no fue en Getsemaní, sino en la cruz. La tentación más grave de la fe es la desesperación. Jesús se da cuenta de que va a morir y de que Dios no interviene. Finalmente, no triunfa en El la desesperación, sino la entrega confiada: 'En tus manos entrego mi espíritu'. Yo digo lo siguiente: Jesús se movía dentro del horizonte escatológico (...). Existía una teología que afirmaba que cuando el Mesías llegara y realizara su obra, tendría que pasar por grandes tentaciones y por un gran enfrentamiento con el Antimesías. En ese enfrentamiento el Mesías casi iba a ser derrotado, pero en el último momento Dios intervendría y salvaría al Mesías. Partiendo de esto, mi hipótesis es

la siguiente: Jesús, hombre histórico, fiel a su pueblo y fiel a Dios, va cumpliendo la voluntad de Dios en la medida en que la va descubriendo. No la conoce totalmente desde el principio, como si tuviera un film en la cabeza que se fuera desarrollando delante de El, sino que es un hombre de fe y de esperanza (...). Sabe que va a tener un gran enfrentamiento. Incluso los términos que usan los evangelistas en el relato de Getsemaní —el cáliz, la tentación, la carne, el espíritu— son términos técnicos de esa teología. Jesús fundamentalmente es fiel a Dios y espera que Dios va a salvarlo. Por eso, puede contar con la muerte como con cualquier otro final, pero para El no es definitivo que va a morir. En la cruz se da cuenta de que sí, de que va a morir y de que el Padre no interviene. Por eso grita su gran desesperación: '¿Por qué me has abandonado?'. Tiene que aceptar la muerte. La acepta y se entrega. Es mi hipótesis. Es una cristología que parte de abajo, de Jesús y de sus búsquedas, tanteos, crisis y tentaciones. Así Jesús no solamente libera a los demás, sino que conquista su libertad enfrentado a los conflictos»<sup>8</sup>.

Este abandono por parte del Padre fue para la conciencia de Jesús un «escándalo». Una de las palabras pronunciadas por Cristo en la cruz —dice Boff— «no deja ninguna duda en cuanto a su autenticidad. Constituye un *escándalo* para la conciencia de Jesús, cuando exclama agudamente la pregunta que Marcos conserva todavía en su formulación aramea: 'Elohí, Elohí, ¿lamá sabactaní? Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?'. Cristo vivió en una intimidad sin paralelo con su Dios, llamándolo Abbá: Tú, mi querido Padre. En nombre de ese Dios predicó el reino de Dios y confesó continuamente su fe en El. Ese Dios de amor y de humanidad dejó a Jesús solo. Lo abandonó. Es Jesús mismo quien lo expresa. Sin embargo, si Dios lo abandonó, Cristo no lo abandonó a El» (p. 123-124). Jesús, pues, sufrió de parte de Dios un abandono verdadero y total, en el que no había pensado nunca y del que cobró conciencia sólo cuando llegó el momento de tener que soportarlo. Dios, a quien Jesús dirigió su grito lastimero, se calló y no pronunció ni una sola palabra de respuesta. Para que El «hable», será preciso esperar al día de pascua. «El último silencio de Dios el viernes santo será interrumpido el domingo de resurrección» (p. 124).

Pero la muerte tuvo lugar el viernes santo y vino traída por un suplicio en el que Jesús no había pensado y para el cual no había dispuesto su conciencia. La ordenación de la entera vida terrena de

8. L. BOFF, Lugar citado en la nota 6.

Jesús a la muerte redentora y, mediante ésta, a la resurrección, es cosa que Boff rechaza de modo radical. La muerte de Jesús fue un gravísimo atropello, un accidente deplorable, que El soportó fielmente, pero al que no se entregó por propia voluntad. Lo sufrió coaccionado por la violencia brutal de la que fue víctima absolutamente inocente<sup>9</sup>.

### *Dificultades que Boff se presenta y soluciones que da*

Boff comprende que su modo de interpretar la muerte de Cristo choca con lo que comunmente se ha venido enseñando en la Iglesia sobre este misterio. Por eso él mismo se formula ciertas dificultades e intenta dar una explicación que aquiete a los lectores. La primera dificultad que se plantea está determinada por las profecías que Jesús hace de su propia muerte y resurrección. «Los evangelios —dice— en su redacción actual evidencian que Jesús conocía su destino fatal. Tres veces profetiza sus sufrimientos y asume la muerte como sacrificio para la redención de muchos (todos). No obstante la exégesis sería se pregunta desde comienzos de este siglo: ¿Estamos ante textos auténticos de Cristo o ante una interpretación teológica a la luz de la fe y de la verdad de la resurrección, elaborada por la comunidad primitiva? Las profecías son literalmente tardías y suponen un conocimiento bastante pormenorizado de la pasión y resurrección. Parece que, realmente, son *vaticinia ex eventu*, formuladas posteriormente con el fin de dar sentido al problema teológico, contenido en la pregunta: ¿Si Dios manifestó estar del lado de Cristo por la resurrección, por qué no lo manifestó antes?» (p. 126-127). A la luz de la resurrección, «la muerte de Cristo es vista como perdón de nuestros pecados. En esa luz se elaboraron los textos evangélicos, *puestos por la fe en boca de Jesús*, de que El sería entregado y muerto, debería beber el cáliz del sufrimiento, ser bautizado con el bautismo de sangre, que daría su vida en redención de muchos, etcétera. Este significado *teológico* fue conquistado después a la luz de la resurrección (p. 129-130). «Estos pasajes y profecías sobre la muerte y resurrección parecen no haber sido expresados por Jesús,

9. La negativa de Boff a admitir que Jesús hubiera previsto la espantosa tragedia que envolvería su fin, el fin de su vida terrena, es mucho más decidida y tajante en las *Declaraciones* a la revista «Vida Nueva» ya citadas que en *Jesucristo, el liberador*, a pesar que, cuando hizo las *Declaraciones* se había producido ya una intervención de la Congregación para la Doctrina de la Fe, pidiendo explicaciones sobre este punto concreto, como Boff mismo revela.

porque ellos presuponen ya la pasión y la pascua en sus detalles. Este puede haber sido trabajo cristológico de la comunidad de fe para explicar el sentido redentor de la muerte de Cristo» (p. 160). «¿No había dicho el Cristo terrestre: 'Yo estoy en medio de vosotros como el que sirve?'». La comunidad palestinese en seguida fue interpretando la muerte de Cristo como la forma extrema de servicio a la humanidad» (p. 144).

La conclusión de todo esto es clara: Jesús no hizo ningún vaticinio relacionado con su muerte futura. Todo lo que el Nuevo Testamento dice sobre el particular es una elaboración *teológica* de la primitiva comunidad cristiana, la cual, compelida por el hecho glorioso y trascendental de la resurrección, no podía menos de buscar una explicación a la ignominia de la muerte en cruz; y para que la explicación tuviera más valor es puesta en boca de Jesús mismo, atribuyéndole la previsión de su propia muerte en expiación de los pecados de la humanidad.

Otra dificultad proviene de la fe de la Iglesia en la eucaristía. Si Jesús no previó en absoluto su muerte, ¿cómo pudo instituir la eucaristía en la cual se renueva sacramentalmente su muerte en cuanto sacrificio ofrecido al Padre para la salvación de todos los hombres? En un primer momento, Boff no hace más que rozar esta dificultad. «La discusión —dice— es aún más aguda acerca del contenido histórico de los textos eucarísticos de carácter sacrificial, que parece que suponen ya una teología y una praxis eucarística de la Iglesia primitiva» (p. 127). En estas palabras, Boff, más que asumir la dificultad con el fin de darle una respuesta, la elude.

Pero, como Boff mismo hizo público, la Congregación para la Doctrina de la Fe le pidió aclaraciones sobre esta cuestión. «Alegan —dice— que partiendo de esa hipótesis [o sea, que Jesús no previó su muerte], no se hace comprensible la institución de la eucaristía». Puesto en la necesidad de responder y de explicarse, dice: «El gran símbolo del reino es la cena escatológica. Entonces, yo digo que la eucaristía viene de Jesús y ahí está su práctica, el rito de El. Pero, a la vez, los Apóstoles le dieron un sentido eclesial a la eucaristía como signo de unidad, de la presencia del misterio de Jesús, un símbolo escatológico. Lo que dice San Pablo: 'Recordaréis al Señor hasta que El venga'. Para mí no hay ningún problema. La eucaristía tiene su origen en Jesús, pero partiendo de la historia de Jesús (...). Entonces me dicen que así no salvo suficientemente la institucionalidad de la eucaristía (...). Y ahí estamos»<sup>10</sup>.

10. L. BOFF, lugar citado en la nota 6.

Como se ve, después de muchas vueltas y tentativas de esclarecimiento, la dificultad queda en pie; sigue literalmente intacta. Está muy bien decir que «la eucaristía tiene su origen en Jesús, partiendo de la historia de Jesús», pues una eucaristía que, por hipótesis, no brotase de la historia de Jesús, de la concretísima vida que El llevó entre los hombres, no podría ser otra cosa que invención humana, carente de consistencia y absolutamente ineficaz en orden a la salvación. Pero Boff, al mismo tiempo que asienta este sólido principio, lo desvirtúa; más aún, hace su cumplimiento y verificación absolutamente imposible. ¿Qué idea tiene Boff de la historia de Jesús en el punto que ahora interesa y del que depende todo? La respuesta es clara después de lo dicho. Efectivamente, según Boff, en la historia de Jesús no hay base ninguna para atribuirle la previsión de la muerte, porque todo lo que el Nuevo Testamento dice al respecto *no pertenece en absoluto a la historia vivida por Jesús, sino que todo ello es pura teología elaborada por la comunidad cristiana primitiva*. Dentro de la historia de Jesús, entendida tal como Boff defiende con toda tenacidad, no existe ni una sola posibilidad de atribuirle la institución de la eucaristía, tal como la entiende la fe de la Iglesia, es decir, como el sacrificio-sacramento en que se renueva sacramentalmente la muerte redentora del Señor, al mismo tiempo que se recibe el cuerpo que El *entregó* y la sangre que *derramó* por todos para el perdón de los pecados. Boff elabora una historia de Jesús que excluye radicalmente la posibilidad misma de la eucaristía. Por tanto, carece en absoluto de sentido decir que la eucaristía tiene su origen en Jesús, «partiendo de la historia de Jesús», porque esta fórmula, que parece tan realista, en el pensamiento de Boff, no posee ni puede poseer contenido alguno.

### *Otros puntos oscuros en la teoría de Boff sobre la muerte de Jesús*

Boff se presenta él mismo algunas dificultades a las cuales responde del modo que se acaba de indicar. Pero su teoría tiene grandes repercusiones en el campo de la fe y en el de la teología, y por eso necesita ser analizada un poco más en profundidad.

#### a) *Insuficiencia de los análisis bíblicos*

Las explicaciones de Boff sobre la muerte de Jesús no tienen en cuenta más que unos pocos pasajes del Nuevo Testamento. El se

refiere concretamente a «las tres profecías» sobre la muerte-resurrección, entendidas tal como se leen en Mc 8,31; 9,31; 10,32-34, a los textos eucarísticos, al «bautismo» que Jesús tiene ansia de recibir y a la misión del Hijo del Hombre que vino para servir y dar su vida en rescate por la multitud, es decir, por todos los hombres (cfr. p. 126-128).

Pero el tema de la muerte de Cristo tiene una serie de ramificaciones a las cuales Boff no presta la menor atención. La primera sorpresa en el tratamiento de la cuestión surge al comprobar que Boff, por una parte, atribuye a Jesús una clara conciencia mesiánica y, por otra, guarda silencio absoluto sobre el principal pasaje mesiánico del Antiguo Testamento, aquel precisamente en que un desconocido profeta diseña la imagen del Siervo *paciente* de Yahvé (Is 52,13-53,12). El Mesías descrito en este pasaje lleva sobre Sí mismo voluntariamente los pecados del pueblo. «Fue traspasado por nuestras iniquidades y molido por nuestros pecados» (v. 5). Después de un juicio inicuo, «fue arrebatado de la tierra de los vivientes y herido de muerte por el pecado de su pueblo» (v. 8). Por haber ofrecido su vida en sacrificio, «verá descendencia que prolongará sus días, y el deseo de Yahvé prosperará en sus manos... Le daré por parte suya muchedumbres y repartirá despojos con los poderosos, por haberse entregado a la muerte y haber sido contado entre los malhechores» (v. 10.12).

¿Cómo Jesús, sabiéndose Mesías, teniendo conciencia de ser el enviado de Dios para establecer su reino, podía ignorar una predicción mesiánica tan clara, donde la muerte, por una parte, voluntaria y, por otra, tremendamente injusta del Siervo es el centro de todo el vaticinio? El profeta tiene clara conciencia de transmitir un mensaje que los hombres se resistirán a creer. «¿Quién creyó nuestro anuncio?». Pero, ¿será posible pensar que ni siquiera el personaje a quien el anuncio se refiere, es decir, Jesús de Nazaret, haya comprendido la profecía? Boff guarda un silencio absoluto sobre el particular, como si el anuncio no hubiera sido hecho. En cambio, el Nuevo Testamento repetidas veces hace notar que el vaticinio se cumplió en Jesús y que Jesús mismo se lo apropió (Lc 22,37). No es legítimo hacer malabarismos con la conciencia de Jesús para permitirle captar y apreciar sólo aquello que encaja con las propias teorías, elaboradas sobre la base de considerar no histórica cualquier cosa que se oponga a ellas.

Boff no dice tampoco nada sobre otra serie de datos bíblicos. Pero antes de pasar adelante, es necesario reflexionar un poco sobre

el tema de «las tres profecías» en que Jesús habla de su futura muerte. Como se ha visto, Boff resuelve el problema de manera expeditiva, diciendo que no son profecías, sino *teología* elaborada por la comunidad cristiana después de que los acontecimientos habían ocurrido ya, en un intento de darles una explicación que fuese verdaderamente digna del hecho maravilloso de la resurrección. Creo que sería mucho más razonable enfocar el tema con mayor abertura y menos dogmatismo.

Incluso para aquel que, prescindiendo de la inspiración divina se acerque a los relatos evangélicos, indiscutiblemente, «las tres profecías» suponen «un conocimiento bastante pormenorizado de la pasión y de la resurrección» (p. 127): cosa que, según comprobación universalmente admitida, no se da en los vaticinios reconocidos como proféticos. Esto justifica plenamente la afirmación de que en el relato evangélico, de que ahora se trata, se han introducido detalles no proféticos, aportados por los evangelistas mismos como información de lo ya ocurrido. Pero —y esto es lo importante— si los evangelistas añadieron informaciones fue porque previamente Jesús mismo había hablado a los discípulos sobre lo que se podría llamar *núcleo sustancial* del misterio de su pasión-muerte-resurrección, y ello en términos que, ya *a priori*, es preciso suponer más claros que los empleados en la profecía del Siervo de Yahvé; no se puede pensar que, cuando los hechos eran ya inminentes, Jesús, el Siervo anunciado, no añadiese ninguna luz propia a la antigua profecía.

Los sinópticos están acordes en colocar «las tres profecías» muy al final de la vida de Jesús, lo cual constituye ya un argumento más en favor de su historicidad. Pero sobre todo suministran datos que serían incomprensibles si Jesús no se hubiera referido nunca a su ignominiosa muerte. Se trata de episodios «laterales», no atribuibles a ninguna intención *teológica*, descritos con detalles tan concretos que es obligado reconocer su autenticidad *histórica*, si no se quiere incurrir en un apriorismo subjetivo y arbitrario. Por otra parte, esos mismos detalles carecerían en absoluto de sentido, si se los desconectase de su relación con la muerte de Jesús.

La primera vez que Jesús habló de su muerte futura fue después de la confesión de Pedro. Ahora bien, si se suprime la referencia a la muerte, ni las palabras de Pedro, ni la reprensión que Jesús le dirige tendrían sentido. Después de la transfiguración, Jesús manda a los testigos que no cuenten a nadie lo sucedido «hasta que el Hijo del Hombre resucite de entre los muertos» (Mc 9,9; cfr. Mt 17,9). Y San Marcos se refiere sin duda a un hecho histórico, cuando segui-

damente añade: «Ellos observaron esta recomendación, *discutiendo entre sí qué era eso de resucitar de entre los muertos*» (Mc 9,10). En otra ocasión, caminando por Galilea —sin duda durante el último viaje a Jerusalén— Jesús habla nuevamente de su muerte. La reacción de los discípulos fue registrada por los tres sinópticos, cada uno a su modo. Y así leemos: «Se entristecieron mucho» (Mt 17,23). «Ellos no entendían lo que les decía y tenían miedo a preguntarle» (Mc 9,32). San Lucas, en este caso concreto, se sitúa más cercano a los hechos originales. Da la versión más vaga e imprecisa del hecho, diciendo sencillamente: «El Hijo del Hombre será entregado en manos de los hombres» (Lc 9,44), lo cual constituye de por sí una garantía de historicidad. E insiste con gran fuerza en que los discípulos no entendían el anuncio hecho por el Maestro. «Pero ellos —dice— no entendían esto; les estaba velado, de modo que no lo entendían y temían preguntarle acerca de este asunto» (Lc 9,45). Por último, los tres sinópticos dan cuenta de un postrer anuncio, cuando estaban ya cerca de Jerusalén, es decir, a sólo unos pocos días de la muerte. San Mateo y San Marcos refieren las palabras de Jesús sin añadir por su cuenta ninguna observación. Pero San Lucas insiste de nuevo en la incomprensión de los discípulos. «Ellos nada de esto comprendieron; estas palabras les quedaban ocultas y no entendían lo que había dicho» (Lc 18,34).

No hay el más mínimo fundamento para pensar que la comunidad primitiva inventó por razones *teológicas* todos estos concretísimos episodios, absolutamente inexplicables para quien prescindiera de su vinculación con el anuncio de la muerte de Jesús. Por tanto, es preciso admitir que los vaticinios de la muerte son históricos, aunque el modo concreto como después los evangelistas compusieron su relato muestra señales inequívocas de que algunos pormenores pudieron ser añadidos por ellos mismos en virtud del conocimiento que tenían de los hechos ya ocurridos. Esta conclusión, que me parece perfectamente fundada, sirve también para interpretar en su sentido exacto las sentencias de Jesús sobre su misión de servir y de dar la vida para redención de la multitud (Mc 10,45; Mt 20,28), así como sobre el «bautismo» por cuya recepción suspiraba con grandes ansias (Lc 12,50).

Boff —como se ha visto— piensa también que las palabras eucarísticas sobre la muerte sacrificial de Jesús, en las cuales se da la explicación de esa misma muerte, son igualmente elaboración *teológica* de la comunidad primitiva. Ahora, sin repetir lo ya dicho, quiero añadir solamente dos puntos. En primer lugar, creo que el estudio

más serio hecho en torno a este tema es el de J. Jeremias, *The eucharistic words of Jesus*<sup>11</sup>, donde, después de análisis minuciosísimos, llega a la conclusión de que las palabras de Marcos «esta es mi sangre de la alianza, que va a ser derramada por muchos» (Mc 14,24) deben ser consideradas como «ipissima verba» de Jesús<sup>12</sup>. En segundo lugar, tengo la impresión de que en este problema es Boff quien se deja arrastrar por finalidades *teológicas*, que no se armonizan bien con los textos bíblicos. Boff, en efecto, muestra tener muy poca simpatía hacia la idea de un Jesús que se ofrece a Sí mismo como *sacrificio* para salvar a los hombres. «Como resulta evidente —dice— la interpretación de la muerte de Cristo como sacrificio es una entre tantas. Los propios textos del Nuevo Testamento no permiten que sea absolutizada, *como lo fue en la historia de la fe, dentro de la Iglesia latina*» (p. 145). No se trata de *absolutizar la afirmación* de que la muerte de Cristo fue sacrificio. El verdadero problema está en que Boff, por cuanto se refiere a la autoconciencia de Jesús, *absolutiza la negación* y en virtud de semejante absolutización considera como teología de la comunidad primitiva todos los pasajes en que se hace constar que Cristo previó su muerte y la ofreció al Padre como el sacrificio de la alianza nueva y eterna, pactada en su sangre para salvación de toda la humanidad.

En la teología que Boff hace de la muerte de Jesús tampoco hay lugar para tomar en consideración otra serie de pasajes bíblicos alusivos a tal acontecimiento. No menciona siquiera la parábola de los viñadores homicidas (Mc 12,1-12), la predicción de la traición de Judas, de la negación de Pedro, del abandono en que los discípulos dejarían a Jesús: todo lo cual sólo tiene sentido dentro del contexto general que incluye la muerte del Señor. Nada dice tampoco sobre «el ayuno» que los discípulos practicarán «el día que les arrebatan al novio», ni sobre la cuestión planteada a Santiago y a Juan sobre sus fuerzas para beber «el cáliz» que Jesús había de beber. Tampoco recoge la declaración de Jesús cuando dice que «no cabe que un profeta muera fuera de Jerusalén» (Lc 13,33), ni el tremendo apóstrofe «colmad también vosotros la medida de vuestros padres» (Mt 23,32) dirigido a «los escribas y fariseos hipócritas», que se reconocían hijos de quienes derramaron la *sangre* de los profetas (Mt 23,30).

11. No he podido ver la obra original. Cito la traducción inglesa publicada en Londres por SCM Press el año 1966.

12. J. JEREMIAS, *The eucharistic words...*, p. 186-203; J. L. ESPINEL, *La eucaristía del Nuevo Testamento* (Salamanca 1980) 31-115.

San Juan tiene una serie de expresiones alusivas a la muerte de Jesús, ninguna de las cuales merece la atención de Boff. La primera, y quizá también la más importante, puesto que en ella no se pueden ver intenciones *teológicas*, es la que se refiere a la destrucción y reedificación del templo: la destrucción será obra de los judíos, mientras que la reedificación la llevará a cabo Jesús mismo. El evangelista observa que Jesús hablaba del templo de su cuerpo y que los discípulos no entendieron sus palabras hasta después de la resurrección (Jn 2, 19-22). La historicidad de esta palabra queda confirmada por las acusaciones hechas a Jesús durante el proceso, una de las cuales se basaba sobre sus dichos «contra el templo». El mismo San Juan habla repetidas veces de que Jesús ha de ser *levantado*, de que El es grano que muere en la tierra para dar fruto y el buen pastor que de propia voluntad da su vida por las ovejas para recuperarla después. Jesús muestra también conocer perfectamente las intenciones homicidas de sus enemigos y les reprocha claramente el estar maquinando su propia muerte. ¿Todo esto, y otras cosas que se pasan por alto, es *solamente teología*? El «sermón» eucarístico, todo entero, así como de modo particular las palabras sobre la recepción del cuerpo y de la sangre que Jesús ha de «entregar para vida del mundo», ¿es también *sola teología* elaborada por el evangelista o por la comunidad de la que es portavoz?

Aparte de los numerosos pasajes evangélicos, de una manera o de otra relacionados con la previsión que Jesús tiene de su muerte, el Nuevo Testamento expone una rica teología en la cual esta muerte *voluntaria, libremente aceptada*, y, por tanto, *previamente conocida* tiene un puesto de relieve singular. El designio salvífico del Padre pasa por la sangre de Cristo, que nos trae la redención de los pecados para transformarnos en hijos adoptivos (Ef 1,5.7). Jesús llega hasta la muerte y derrama su sangre en acto de voluntaria obediencia al Padre (Flp 2,8). Pero ahora no se trata de recoger toda la doctrina del Nuevo Testamento sobre la muerte de Jesús. Por eso, basten estas consideraciones elementales para mostrar que, si se prescinde de la muerte de Jesús, libremente aceptada y soportada por El, el plan divino de salvación es absolutamente ininteligible; más aún, sufre una deformación radical<sup>13</sup>.

13. La Comisión Teológica Internacional considera que la previsión de la muerte por parte de Jesús es un dato fundamental para establecer la debida conexión entre cristología y soteriología. Cfr. *Quaestiones selectae de christologia* (Sessio plenaria 1979). IV: *De christologia et soteriologia*, A. «Gregorianum» 61 (1980) 624. Y un poco más adelante la misma Comisión añade: La esperanzada confianza de

En este punto la carta a los Hebreos merece siquiera una mención. Jesús viene al mundo con la vocación de sacerdote de la humanidad, y la cumple inmolándose en sacrificio una vez para siempre. ¿Será posible pensar que Jesús, ejecutor del plan divino, ignoraba su propia vocación? La carta atribuye a Jesús una voluntad oblativa «desde que entra en el mundo» (Heb 10,5).

Para concluir esta información sobre la muerte de Jesús, añadiré brevemente dos consideraciones. La liturgia de la Iglesia en la celebración de la eucaristía me parece de un valor definitivo, porque muestra muy bien la conciencia que la comunidad cristiana tiene del misterio de la salvación y de las vías por las que fue llevado a cumplimiento. La parte central de esta liturgia está constituida por el relato de la institución de la eucaristía como sacrificio-sacramento de la nueva alianza, la cual, como se dijo, es absolutamente incomprendible, si no se admite que Jesús previó su muerte y la ofreció al Padre como sacrificio. Pero, además, hay otras afirmaciones explícitas. La segunda Plegaria eucarística dice que Jesús instituyó este misterio, «cuando iba a ser entregado a su pasión, *voluntariamente aceptada*». Y la cuarta, dirigiéndose al Padre, dice: «Para cumplir tus designios, *El mismo se entregó a la muerte*». Por eso Juan Pablo II se lamenta con razón de que a veces, al tratar de la muerte de Jesús, «se calla la voluntad de entrega del Señor y la conciencia de su misión redentora»<sup>14</sup>, que implica la muerte, la cual, por tanto, tenía que ser previamente conocida, no menos que los restantes elementos componentes de aquella misión.

Una segunda consideración que contribuye a esclarecer el problema relativo a la conciencia que Jesús tenía de su propia muerte, se fundamenta en el concepto de *revelación*. Jesucristo es el supremo revelador del Padre y de su designio salvífico. Evidentemente, El cumplió esta misión no de una manera mecánica, sino *a sabiendas*,

---

Jesús debe ser entendida en el sentido de que El «tenía certeza de la propia resurrección y exaltación (Mc 14,25) y de que, como consta por palabras y obras de la última cena (Lc. 22, 19ss. y par.), estaba dispuesto a morir para ofrecer la promesa y la realización de la salvación escatológica» (L.c., B, 2.4, p. 625). Debo advertir que la Comisión usa un latín notablemente oscuro, lleno de redacciones forzadas, y no tengo la seguridad de haber traducido exactamente. En todo caso, la Comisión afirma reiteradamente y con absoluta claridad que Jesús previó su muerte, añadiendo que tal previsión y libre aceptación es un dato fundamental de la soteriología *biblica*. Sería, por tanto, un error pensar que la previsión y libre aceptación de la muerte por Cristo son solamente conceptos introducidos por «escuelas teológicas», como pura consecuencia de su peculiar modo de enfocar el tema de la interioridad de Cristo y de su obra salvífica.

14. JUAN PABLO II, Alocución del 28-I-1979 al inaugurar los trabajos de la II Conferencia General del CELAM en Puebla, Méjico, n. I, 4.

o con clara conciencia de lo que hacía. Ahora bien, según la enseñanza constante de la Iglesia, la revelación divina está expresada o contenida *sobre todo* en la *muerte* y en la *resurrección* de Cristo<sup>15</sup>. La muerte de Jesús es, por así decir, uno de los vehículos primarios de la revelación. ¿Es pensable que Jesús-revelador haya sido «sorprendido» por la muerte o que haya caminado hacia ella sin saber a dónde iba? Me parece que la respuesta es clara.

Después de este recorrido —que dista mucho de ser completo— a través del tema *muerte de Cristo*, se puede apreciar la radical insuficiencia de la exposición que Boff hace sobre el mismo. La muerte de Cristo, por ser «pieza» esencial en el designio divino de revelación y de salvación, tiene ramificaciones a través de toda la Biblia, como también por toda la teología, y queda forzosamente desfigurada, cuando para estudiarla se toman en consideración sólo unos pocos textos bíblicos, sometidos, por añadidura, a presiones procedentes de ideas más o menos preconcebidas. Creo que Boff se queda muy en la superficie de las cosas.

### b) *La divinidad de Cristo*

Cuando se trata de Jesús, el tema de su divinidad es insoslayable, porque se cruza en todos los caminos y penetra en todos los misterios, los cuales tienen el valor salvífico que la revelación les atribuye, precisamente por ser misterios del Hijo de Dios encarnado. Si se prescinde de la persona de Jesús —que es una persona divina— se hace absolutamente imposible entender sus obras, sus misterios, sus enseñanzas y cualquier cosa que se refiera a El. Alguien ha dicho exactamente que «cualquier problema sobre la enseñanza de Jesús será siempre, en definitiva, un problema sobre la persona de Jesús»<sup>16</sup>. Este aserto es válido *a fortiori*, cuando se trata del misterio de la muerte de Jesús, cuyo valor salvífico es absolutamente incomprendible, si se la desconecta de su persona divina. Las antiguas controversias de los Padres de la Iglesia contra nestorianismo y monofisismo han esclarecido este punto de manera definitiva. Hoy no se puede

15. Cfr. CONCILIO VATICANO II, Constitución dogmática *Dei verbum*, n. 4a, 17.

16. J. BLANK, *Krisis. Untersuchungen zur johanneischen Christologie und Eschatologie* (Freiburg i. Br. 1964) 44. El autor denuncia el contrasentido de no pocos estudios contemporáneos sobre cristología que intentan revalorizar la obra de Jesús al mismo tiempo que deprimen su persona, sin recurrir a la cual nada de cuanto pertenece a su obra puede quedar claro y realmente engrandecido (cfr. p. 32-38, 65-70, 124-125, 135-136).

pensar ni escribir como si lo que entonces se aclaró estuviese aún oscuro.

El modo como Boff habla de la muerte de Cristo ¿se concilia con el misterio de su única persona, y ésta divina? Boff afirma claramente la divinidad de Cristo. Después de la resurrección —dice— la fe de los discípulos «se articula con profundidad cada vez más penetrante hasta llegar a descifrar el misterio de Jesús como el propio Dios que visitó a los hombres en carne mortal» (p. 142). «Jesús es llamado con nombres que van desde los más humanos como maestro, profeta, el justo, el bueno, el santo, hasta los más sublimes como Hijo de Dios y Salvador y, por fin, es calificado como Dios mismo» (p. 153). Jesús, mediante un lenguaje apocalíptico, dio a conocer su mensaje y «reveló quién era El: el Hijo de Dios, el Dios encarnado y el Salvador del mundo» (p. 77).

Todo esto es exacto y los textos comprobantes podrían multiplicarse largamente. Sin embargo el problema *objetivo* sigue en pie. Y quiero subrayar lo de *objetivo*, porque de ningún modo intento penetrar en las intimidades de la conciencia de Boff. Pero, por mucho que se quiera insistir en las declaraciones de Boff sobre Jesús como el Hijo de Dios, y Dios El mismo, no se puede evitar la impresión de que ese Dios es un tanto extraño. No conoce cómo terminará su vida en este mundo hasta que se encuentre clavado en la cruz, y, una vez allí, tiene que luchar contra la desesperación que le asalta y que le hace gritar desgarradamente, dirigiéndose al Padre: «¿Por qué me has abandonado?». Como se vio en su lugar, Boff argumenta diciendo que no podemos pensar que Cristo tenía en la cabeza un film en que leer el futuro. Pero tal argumento es un recurso bien pobre. ¿Acaso el conocimiento que Dios tiene del futuro debe ser considerado como lectura en un film? Además, este Dios que está en Jesús descubre la voluntad del Padre sólo a través «de búsquedas, tanteos, crisis y tentaciones»<sup>17</sup>. Su impecabilidad —la de este Dios que está en Jesús— es igualmente extraña, porque «no consiste en la pureza de sus actividades éticas, en la rectitud de sus actos individuales, sino en la situación fundamental de ser ante Dios y unido a El» (p. 210), de modo que, mientras dure esta *situación fundamental*, en el interior de la conciencia de Jesús pueden desarrollarse dolorosos y desgarradores dramas de lucha entre el bien y el mal; éste último no prevalecerá como *situación*, pero no se excluye que prevalezca como acto,

17. L. BOFF, Lugar citado en la nota 6.

porque la total inocencia de Jesús *no está ligada a la rectitud de actos individuales*.

En todo esto, Boff quiere hermanar la fe de la Iglesia sobre la persona de Jesús con la exégesis practicada por quienes niegan esa fe. El resultado tiene que ser por fuerza un Cristo incoherente, hecho de bloques contrapuestos. ¿Es éste de verdad el Cristo de la fe? Cada cual piense y vea<sup>18</sup>.

### c) *La Iglesia*

«Originalmente —dice Boff— el sermón de la montaña tenía carácter escatológico: Cristo predica el fin inminente» (p. 88). Ese fin inminente revistió para Jesús una forma trágica en la que ni El mismo había pensado. Ahora bien, este Jesús sorprendido por la muerte, ¿pudo pensar en una Iglesia que continuara su misión *después de su muerte*?

No basta decir que existe la Iglesia y que ésta inicia su marcha peregrinante por el mundo a partir de la resurrección (p. 146). Hay que mostrar la coherencia de tal aserto con los presupuestos mantenidos en relación con la muerte de Jesús. Y Boff no se ocupa de esto. Por lo cual el origen de la Iglesia es un tema forzosamente envuelto en oscuridades, frente a las cuales no se aporta ninguna solución objetivamente fundada.

Y con la Iglesia va el nada secundario problema de los sacramentos, empezando por la eucaristía. Si Jesús participaba de las expectativas apocalípticas y estaba persuadido de que el reino había de irrumpir en seguida, ¿cómo iba a pensar en sacramentos? Lo dicho anteriormente, en el apartado *La inminencia del reino*, arrastra consigo una innumerable serie de cuestiones que uno quisiera ver aclaradas.

### *A modo de conclusión. ¿Cristología latinoamericana?*

Como se acaba de ver, los problemas suscitados por el pensamiento de Boff en torno a la muerte de Jesús están lejos de ser específica-

18. La Comisión Teológica Internacional dice que, «según la tradición de la Iglesia basada en la Sagrada Escritura, la obra salvífica presupone, para ser eficaz, la verdadera divinidad del Hijo y su plena solidaridad con nosotros a causa de haber asumido la naturaleza humana completa» (*Quaestiones selectae de christologia*. IV: *De christologia et soteriologia*, D, n. 9. «Gregorianum» 61 [1980] 629).

mente latinoamericanos. Afectan a puntos vitales del misterio cristiano, considerado en su núcleo esencial que trasciende tiempos, culturas y latitudes.

A los problemas señalados habría que añadir otro igualmente capital y absolutamente inseparable de la muerte de Jesús, que es su resurrección. Boff opina que la resurrección de Jesús tuvo lugar, objetivamente hablando, el viernes santo, aunque no empezó a manifestarse hasta la madrugada del domingo de pascua. Semejante idea tiene su origen en una singular antropología, según la cual todo hombre resucita «para la vida o para la muerte» en el momento mismo de morir (p. 147-149).

Creo que si Boff se hubiera inspirado en la tradición religiosa latinoamericana, habría conseguido elaborar una cristología considerablemente distinta de la que expone en *Cristo, el liberador*, la cual, lejos de ser latinoamericana, está marcada ostensiblemente por el «protestantismo liberal» de origen germánico, al que se toman en préstamo numerosas ideas, incrustadas con brillantez literaria, pero sin cohesión doctrinal en el interior de la fe genuina que el pueblo latinoamericano tiene en la persona y en la obra de Jesucristo. El resultado de todo esto es una *amalgama* —creo que no se le puede dar otro nombre— de puntos de vista contradictorios entre sí, los cuales configuran un Cristo que por fuerza es «incoherente», falto de unidad y de armonía, un Cristo, en definitiva, abierto a interpretaciones arbitrarias que constituirán el encanto de quienes encuentran gusto en «manipular» la persona y el mensaje de Jesús con los fines más diversos.

